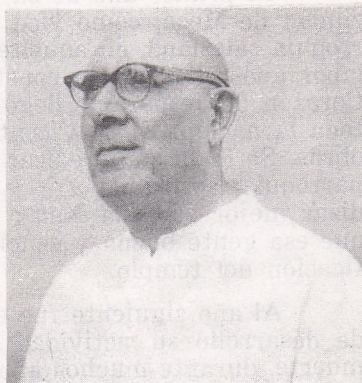


INSPECTORIA SALESIANA DE LAS ANTILLAS SAN JUAN BOSCO

Santo Domingo,

24 de Octubre de 1972

QUERIDOS HERMANOS:



el día 8 de Junio, a las 3 a. m., expiró, en la humilde casa parroquial de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, en Santo Domingo, nuestro recordado

P. VICENTE HORVATH.

Nació el 25 de febrero de 1909 en Kosické Olsany, Checoeslovaquia. Hijo de piadosa familia aceptó generosamente la llamada del Señor. Entró en el Aspirantado en Sastín, el 30 de Agosto de 1928; el 22 de Julio de 1934 comenzó el Noviciado en Svaty Beňadik, coronándolo al año siguiente con la primera Profesión Religiosa.

A los 26 años de edad, en plenos estudios de filosofía, expresó a los Superiores el deseo de consagrar sus fuerzas cuanto antes al bien de la juventud, en las misiones. En el año 1937 la obediencia lo destinó a las Antillas. Terminada en Cuba la filosofía, se dedicó con ardor a la enseñanza y, hecha la Profesión Perpetua, comenzó los estudios teológicos, en la ciudad de Camagüey, donde, con íntimo gozo del alma, subió las gradas del altar, el 12 de Diciembre de 1943.

Ya sacerdote fue nombrado Catequista en el Noviciado y vicario cooperador en la Parroquia de San Pedro, en

Matanzas. En sus 29 años de sacerdocio ocupó distintos cargos en las diversas casas salesianas de Cuba y Santo Domingo. Siempre y en todas partes dejó impresión de sacerdote íntegro, consciente de su consagración y sacrificado hasta dar su vida por el bien de las almas.

Su principal campo de trabajo fue la Rep. Dominicana donde llegó en 1952.

El primer año de su vida en esta nación lo pasó en la ciudad de Moca, como vice párroco de aquella floreciente parroquia salesiana, en aquel entonces empeñada en una intensa labor apostólica, en la construcción del santuario al Sagrado Corazón de Jesús, que llegó a ser la iglesia más hermosa de toda la nación. El P. Vicente colaboró activamente en ambas obras. Se dedicó a predicar misiones en la parte rural de la parroquia, ayudando a esos campesinos a conocer y profundizar mejor su vida Xna.; al mismo tiempo recolectando lo que esa gente buena y sencilla le entregaba, cooperó a la edificación del templo.

Al año siguiente fue enviado a esta ciudad capital, donde desarrolló su actividad sacerdotal y salesiana hasta su muerte, durante muchos años en el colegio Don Bosco y luego en las parroquias de Sta. Teresa y del Perpetuo Socorro.

Sus mejores años y energías las dedicó a la enseñanza en el colegio Don Bosco de Santo Domingo. Durante largos años, con una constancia y abnegación admirables, fue formando las nuevas generaciones dominicanas en las aulas y en los patios, sin descanso ni desmayo. El grande desarrollo de este centro educativo salesiano, (el primero fundado en esta isla por el siempre recordado Mons. Ricardo Pittini) que en esa década del 50, al extender su enseñanza a toda la secundaria llegó a ser uno de los planteles escolares de mayor prestigio en la nación en favor de la juventud pobre y humilde, encontró en el P. Vicente uno de los pilares más firmes.

Para brindar una labor pedagógica más eficaz y reconocida por el gobierno, no dudó, no obstante su edad, y el cansancio agotador de una jornada dedicada a la enseñanza y asistencia, en volver a las aulas universitarias en horas de la noche, hasta doctorarse en Filosofía y Letras en la Universidad estatal de Santo Domingo.

De carácter aparentemente fuerte y áspero sabía hacerse comprender y apreciar por los alumnos, que debajo de esa apariencia un tanto dura sabían descubrir su buen corazón y su vida de sacrificio dedicada totalmente a ellos, no tan sólo en la clase, sino en el patio y demás actividades juveniles.

Célebres y muy recordados los paseos que él organizaba y que eran la ilusión y la alegría de todo el alumnado, especialmente de los mayores. Por eso el recuerdo del P. Vicente ha quedado imborrable entre los muchos centenares de jóvenes que frecuentaron las aulas del Colegio Don Bosco, desde el año 1953, al año 1965, y muy lamentada su partida.

Además de maestro competente y responsable, sabía realizar esa asistencia constante y sacrificada propia del verdadero salesiano, tanto entre los alumnos del Colegio como entre los miles de oratorianos que, especialmente los domingos, llenaban todos los rincones de nuestros patios y locales y a quienes impartía sus clases de catecismo, cooperando a su formación humana y cristiana.

No podemos pasar por alto su apostolado sacerdotal en el confesionario y en la predicación. Sus sermones y homilias, siempre muy bien preparados, eran portadores de doctrina clara y segura y por eso muy apreciados por la numerosa feligresía de nuestra parroquia de San Juan Bosco.

Aunque de constitución física muy fuerte y robusta, el intenso trabajo y las dificultades de los últimos años —persecución de Trujillo a la Iglesia, y más tarde la revolución civil y la ocupación norteamericana...— fueron dejando huellas en su salud. En el verano de 1965 tuvo el cosuelo de poder volver por unos meses a su patria, después de 28 años de ausencia, celebrar allá por primera vez la Misa y encontrarse con sus hermanos y parientes.

A su regreso a Santo Domingo, en consideración de su edad y dotes apostólicas en el campo parroquial, fue enviado en noviembre de 1965 a la parroquia de Santa Teresa, donde, aunque con dificultad de salud, fue atendiendo a esa porción del pueblo de Dios, que anteriormente había formado parte de la parroquia de San Juan Bosco. Su amor a la juventud no le dejó olvidar la escuela pública, de numerosísimo alumnado. Sus clases de religión fueron muy apreciadas hasta por los mismos profesores.

Al pasar la parroquia de Santa Teresa al Arzobispado, como resultado del "Ridimensionamento" de nuestras Obras, el P. Horváth solicitó ser enviado a la nueva parroquia diocesana del Perpetuo Socorro, en un barrio periférico y sumamente pobre de esta ciudad capital. Su labor callada y llena de sacrificios le ganó los corazones de la feligresía. Con los escasísimos recursos parroquiales iba adquiriendo metro tras metro el terreno contiguo para construir un día la Iglesia parroquial y la escuela, de suma necesidad en la barriada.

El P. Vicente Horváth fue un sacerdote de piedad profunda y viva, sin ostentación. Trabajó sin descanso. Sufrió sin demostrarlo, sin quejarse. Su alegría era pasar desapercibido y hacer felices a los demás. No se lamentaba de sus males, y para no ser molesto a nadie, ocultaba sus penas y sufrimientos físicos, pretextando bienestar y fuerza. Su palabra era calma y medida; agradecía hasta el más pequeño servicio que se le prestara.

En la víspera de su deceso tuvo el consuelo de recibir la visita del Revmo. Mons. Eduardo Hugo Polanco, arzobispo coadjutor de la arquidiócesis de Sto. Domingo. Recibió los SS. Sacramentos para entregar, pocas horas después, su alma sacerdotal al Padre que lo había llamado a trabajar a su viña, casi 30 años antes.

Queridos Hermanos, Dios nos ha dado la vida para buscarle, nos envía la muerte para encontrarle y nos introduce en la eternidad para gozarle. Confiados en las promesas divinas podemos creer que si nuestro recordado hermano no está aún gozando del premio prometido, estará en camino seguro de conseguirlo. Aligeremos su purificación, si lo ha menester; que al ofrecer hoy este acto de exquisita caridad con él, mañana Dios querrá, lo hagan con largueza para nosotros.

Vuestro en D. B. S.

Juan Artale, S. D. B.
Inspector

NECROLOGIO : Sacerdote Vicente Horváth, nacido en Kosi-cké Olsany el 25 de febrero de 1909; muerto en Santo Domingo, R. D., el 8-VII-1972 a los 63 años de edad, 37 de Profesión y 29 de Sacerdocio.